

trabajos históricos; es en la clínica donde fácilmente se puede pasar de la *historia clínica* a la *clínica de la historia*, entendiendo por ésta no un simple re-

lato de los acontecimientos del pasado sino un diagnóstico de éste con miras a entender los problemas del presente y quizá también del futuro.

COMENTARIO OFICIAL

DR. GERMÁN SOMOLINOS-D'ARDOIS¹

COINCIDIÓ sobre mi mesa el original del Dr. Martínez Cortés con dos libros. En uno, Julio Caro Baroja, antropólogo, amigo antiguo y eminente historiador, escribe: "de los historiadores médicos o de los médicos historiadores, Dios libre a sus criaturas de caer en manos de uno de estos galenos, para los que todo son perlesías y podagras, cálculos, cólicos, insuficiencias hormonales, úlceras y males venéreos de los más temibles y terribles, heredados o adquiridos por propios méritos".¹ En el otro, Pedro Laín Entralgo,² también amigo, y tan eminente historiador como Caro Baroja, dedica varias páginas a demostrar como precisamente el médico —que en ese caso es Marañón—, tiene por sus conocimientos biológicos, por su contacto directo con la vida, con el hombre y sus problemas comprendidos de forma humana, una especial preparación para enfrentarse al problema de la historia que, en el fondo, no es otra cosa que estudio e interpretación del hombre y sus hechos.

La contradicción no puede ser más palpable. Y en los dos trabajos se marcan claramente las distintas posiciones con que desde antiguo se han considerado, por amigos y enemigos, los escritos históricos brotados de la pluma del médico. La discrepancia no creo pueda tener solución por el momento. En el fondo es un problema de criterio, y

el criterio —norma para conocer la verdad, juicio o discernimiento del que juzga— es muy difícil de modificar, sobre todo cuando por detrás del propio criterio revolotean los insectos menores de la pasión, la malquerencia o la envidia.

Por eso el escrito del Dr. Martínez Cortés es muy oportuno. Nos enseña como el médico, por el solo hecho de serlo, no puede llegar a historiador, pero también nos recuerda las facilidades que el médico por razón de su oficio, tiene para internarse en la historia.

Los estudios históricos tienen una técnica y su práctica, en ocasiones mucho más difícil que la clínica, debe aprenderse machacando, lo mismo que se aprende la auscultación o la interpretación electrocardiográfica. El médico que no lo hace así podrá escribir relatos históricos, casi siempre más literarios que profundos y podrá quedar incluido en cualquiera de los dos grupos en que Marañón clasificó a los médicos que escribimos historia. Aquellos que lo hacen *por evasión*, para disimular su cansancio o su poca afición a la medicina y los que escriben *por rebosamiento*, porque su talento o su capacidad sobrepasa al ejercicio clínico más brillante. Pero si quiere hacer historia, verdadera historia, necesitará aplicarse a la técnica de esta especialidad. Investigar las fuentes, interpretarlas, como decía el Dr. Martínez Cortés, y crear ante los ojos del espectador actual la

¹ Académico numerario.

visión integrada de aquello que quiere presentar.

En el mismo texto de Laín Entralgo citado más arriba se dice: que "historiador es tan sólo quien descubre la peculiar razón de ser de cada una de las situaciones del pasado... y se siente íntimamente llamado a la faena de investigarla y comprenderla con rigor intelectual y técnico".³ No basta la recogida de documentos, ni el relato más o menos ameno de los hechos. La historia es interpretación y si en épocas pretéritas, que duraron siglos, bastó para llamarse historiador la presentación anecdótica de los hechos ignorando el fondo en que se produjeron, hoy es precisamente todo lo contrario: interesa más conocer el mecanismo íntimo de los factores económicos, artísticos, sociales, científicos, etc., en que se produjo y desarrolló aquello que queremos estudiar, que la minuciosa descripción de detalles personales, auténticos o legendarios, que se conservan del hecho.

Termina el Dr. Martínez Cortés comparando la historia clínica con la clínica de la historia. Es aguda observación de la que podemos encontrar antecedentes en el pensamiento marañoniano de hace varias décadas, cuando este autor escribía: "la tarea de leer libros y documentos históricos es muy parecida a la de leer historias clínicas"⁴ y algunos años más tarde volvió sobre el tema con la tan conocida frase de que: "las biografías de hombres pretéritos no son sino historias clínicas liberadas por el tiempo del secreto profesional".⁵

Quiero, antes de terminar, recalcar en un hecho que se desprende del trabajo del Dr. Martínez Cortés, de la mayor importancia y que podría quedar inadvertido. En México

somos muchos los médicos que, con mayor o menor fortuna, nos dedicamos al quehacer histórico, la mayor parte dentro de lo que es o ha sido nuestra profesión, algunos con mayores vuelos, pero hasta ahora, con muy escasas excepciones, nos hemos dedicado a la historiografía, al estudio de la historia, al conocimiento e interpretación de los hechos. Faltaba el historiador que aminorando el paso se detuviera a conocer el por qué de nuestra historia, el pensamiento del historiador, en una palabra la filosofía de ese quehacer histórico médico tan fecundo en nuestro medio.

Creo que esto es lo que ha iniciado el Dr. Martínez Cortés con su lectura de esta noche y cuando en un grupo de historiadores se plantea este problema como tema de trabajo, quiere decir que ese grupo alcanzó mayoría de edad, que ya está capacitado para poder expresarse en su propia lengua con sus ideas propias y para poder marcar su propio destino. Ojalá no me equivoque.

REFERENCIAS

1. Julio Caro Baroja: *El señor inquisidor y otras vidas por oficio*. (Ed. Alianza Editorial, S. A.), Madrid, 1968, p. 11. En el resto del libro existen otras varias diatribas contra los historiadores médicos.
2. Pedro Laín Entralgo: *Introducción a las obras completas de Gregorio Marañón*. Tomo I, pp. VII-CXXXV. (Ed. Espasa Calpe, S. A.) Madrid, 1966.
3. *Ibid.* pp. LXXII.
4. Gregorio Marañón: *Cajal, su tiempo y el nuestro*. (Ed. Espasa Calpe, S. A.). Madrid, 1951, p. 90.
5. Gregorio Marañón: *La vocación, conferencia pronunciada en 1959*. Cita tomada de Laín *ob. cit.* p. LXXII.